

RECUERDO A D. VICENTE DE MANTEROLA



12 DE ABRIL DE 1869

Nadie lo esperaba, pero todo estaba preparado; el rompimiento de la unidad católica, el desprecio á la tradición; el desdén á nuestras glorias; el exceso de libertad contra la libertad de la Iglesia; la democracia contra la teocracia; los oradores de la revolución contra los oradores de la intolerancia religiosa. El choque iba á ser terrible, la explosión espantosa; sus resultados ruinosos para el católico pueblo español. España entera iba á presenciar un espectáculo grandioso: imponente, elocuentísimo; se plantea en las famosas cortes constituyentes la magna cuestión religiosa, la vital cuestión, el importantísimo debate; todo llegó; como torrente que rompe el escollo para continuar su rápida carrera, como el sol que rasga la nube que le empaña; en el campo progresista estaban oradores tan elocuentes como Ríos Rosas, Echegaray, Martos, Montero Ríos, Becerra, Mata y Castelar; en el campo católico varones tan eminentes como Monescillo, Cuesta y Manterola.

En uno y otro lado se esgrimieron con habilidad pasmosa las más relucientes armas de la elocuencia parlamentaria; en los dos campos brillaban hombres de sabiduría indiscutible; en los dos bandos se peleaba con fe y entusiasmo inquebrantables; pero llamaba extraordinariamente la atención de la cámara, la conmovía con su asombrosa elocuencia uno de los defensores de la unidad católica: el sapientísimo donostiarra D. Vicente de Manterola. Como inmenso foco de radiante luz que fulgura en todos los horizontes y cautiva todas las miradas,

así cautivó, admiró y estremeció á aquellas luminosísimas Cortes, la palabra y sabiduría abrumadora de nuestro ilustre donostiarra.

Nadie se atrevía á contestar á sus oraciones grandilocuentes; la cámara se hallaba atónita, estupefacta; quiso hacer un esfuerzo y lo declinó en la tribunicia oratoria de D. Emilio Castelar.

Estaban ya frente á frente los dos adversarios, los dos campeones que con mayor elocuencia han grabado el sello de la historia parlamentaria; el uno tremolaba la bandera de la Iglesia, el otro la de la democracia con la libertad de cultos; Castelar apostrofa á la Iglesia, Manterola canta sus inacabables glorias; Castelar defiende la filosofía de Hegel, Manterola la impugna; Castelar entona un himno á la libertad de cultos, Manterola derrama raudales de elocuencia, enaltecendo la unidad católica; Castelar declama por la libertad, y Manterola conmueve toda la cámara al hablar de las democráticas instituciones de las Provincias Vascongadas; Castelar atribuye á San Pablo determinada cita, Manterola niega la existencia de semejante aserto; Castelar enaltece á los liberales de Inglaterra, Manterola define filosóficamente la esencia del liberalismo; Castelar maldice la expulsión de los judíos y moros de España, Manterola niega la arquitectura y ciencia que existía entre los judíos; Castelar no quiere hacer públicos los horrendos crímenes de la Revolución Francesa y Manterola condena aquella aberración suprema de la «diosa razón» erigida en divinidad; Castelar hace un derroche de elocuencia, con fantasías de la imaginación y maravillas de la poesía, Manterola estremece á las Cortes con severas afirmaciones filosóficas.

Nuestro gran Manterola cada vez estaba más elocuente en aquellas Cortes Constituyentes. Su comienzo del famosísimo discurso fué grandilocuente, enérgico, cautivador, he aquí cómo empezó; qué elocuentemente:

«Yo, señores diputados, que vengo á decir la verdad, toda la verdad; yo que os debo toda la lealtad de mi alma, no puedo menos de afirmar que he oído con el corazón profundamente lastimado, no lastimado tan solo, con el corazón destrozado, con el corazón hecho pedazos y manando sangre, los cargos tremendos que se han dirigido á la Iglesia católica, cargos injustos, cargos gratuitos, cargos infundados. Debo, pues, señores, ante todo vindicar á la Iglesia católica para quien es toda la sangre de mis venas, todos los latidos de mi corazón, toda la energía de mi espíritu, todo mi ser, todo mi yo; y después descen-

diendo á los señores de la comisión trataré de estudiar su obra par-
tiendo de mi criterio católico; y me permitiré decir que ese proyecto
no me parece pueda satisfacer las necesidades más imperiosas, las as-
piraciones más legítimas del pueblo español, porque me parece que
ese proyecto es mezquino, y vosotros sabéis que es grande y fué siem-
pre grande el pueblo español. Ese proyecto no es bastante católico, y
el pueblo español... ¡oh! el pueblo español es el pueblo más católico
del mundo».

Ya desde este párrafo cautivó sobremanera la atención de la cámara
que desde luego comprendió que contaba con un temible adversario,
y Manterola, volando en alas de su gran elocuencia, continuó dirigién-
dose al triunfo de la verdad, para desde allí colocar en la diamema de
la defensa del catolicismo, esmeraldas de erudición inagotable y bri-
llantes de fascinadora elocuencia. Recorriendo las inacabables glorias
de la Iglesia decía:

«¿Dónde estaba el protestantismo, señores diputados, cuando en el
año 895 se fundaba la Universidad de Oxford? ¿Dónde estaba cuando
se fundaron las Universidades de Cambridge el año 915, la de Padua
en 1179, la de Salamanca en 1200, la de Aberdeen en 1213, la de
Viena en 1237, la de Montpeiller en 1289, la de Coimbra en 1290?...

»Os fatigo, señores diputados? Es que las grandezas de la Iglesia
católica abruman bajo su peso á todos los que las consideran; pero es-
cuchadme todavía.

»Después de la de Coimbra viene la de Perusa, fundada en 1305,
la de Heidelberg en 1346, la de Praga en 1348, la de Colonia en 1358,
la de Turin en 1405, la de Leiptzig en 1408, la de Inglostad en 1410,
la de Lovaina en 1425, la de Glasgow en 1453, la de Pisa en 1471, la
de Copenhague en 1498, la de Alcalá en 1517, y, en fin, otras y otras,
porque podría también recordaros las antiguas Universidades de París,
Bolonía y Ferrara. ¡Ah señores! ¿Qué ramo del saber humano no se
había cultivado ya, y no se había cultivado con éxito portentoso, por
el clero católico? Qué, ¿necesitó la Iglesia católica la aparición del pro-
testantismo para cultivar las lenguas orientales, y dar al mundo esas Bi-
blias políglotas, que tal vez ni uno solo de los corifeos de la reforma
protestante tuvo ni tiempo, ni paciencia, ni instrucción bastante para
leer?»

Terminó aquel discurso tan grandilocuente con un final enérgico,
bello y de gran efecto, como dice el notable escritor D. Francisco Ca-

ñamaque en el que expuso los extravíos y crímenes de la Revolución francesa, señalando al libre-cultismo como ruina y destrucción de todas las antiguas glorias y grandezas de España.

El nombre de D. Vicente de Manterola es de memoria imperecedera para todo buen español, y especialmente para todo bascongado. Sus grandes méritos, su sabiduría indiscutible y su acendrado fervor cristiano son virtudes que nunca deben abandonarse en las ingratas sombras del olvido. Amó con veneración á su país de los Fueros; defendió á la Iglesia de los cargos injustísimos que se la dirigieron, y sus elocuentes oraciones son perfecto modelo de oratoria sagrada. Fué una gloria española orgullo de todo el país euskalduna.

Honremos su memoria. Su nombre debiera estar esculpido en gruesos caracteres de oro sobre mármoles y bronces.

ADRIÁN DE LOYARTE.

PRIMAVERA



Vaporosa, gentil, blanca y risueña,
Precedida por la naciente brisa,
Allá, en nevados montes se divisa
La mano sin igual que nos enseña.

Envuelta en fina gasa, ella diseña,
Al soplo puro de su alegre risa
La caída pronta del alud precisa,
De yerbas cubre la desnuda pella.

Fertiliza las tierras, y las flores
Nacen lindas en la feraz ladera,
Salúdante los pájaros canores.

Y dadivosa muestras dicha entera
Dando consuelo á pobres labradores
¡Oh espléndida y divina Primavera!

MANUEL MUNOA.

